DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

CASA GOMEZ

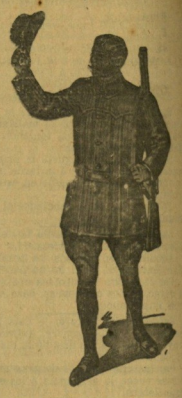
ULTIMOS DIAS DE LIQUIDACION

Trajes ingleses de Caballero, á medida, de 130 pesetas en 90
" " " " de 120 " en 80
Trajes de Caballero, á medida . . . . . de 100 " en 60
" " " . . . . . de 80 " en 45
Gabanes de Señora y Caballero, ingleses los de 110 " en 75

LIQUIDACIÓN-RECLAMO

Trajes de Señora, á medida, de 125 á 150 pesetas en 80
" " " de 100 á 125 " en 70

CORTADORES DE PRIMER ORDEN



Las toses y males de garganta

se curan con las **Pastillas Prieto, de Guayacina y Mentol.** A la primera pastilla calman la **Tos** y con una sola caja curan la **ronquera, sequedad, picor, anginas ó irritación de garganta,** indispensables á los fumadores, cantantes y oradores y á toda persona que tenga que hacer mucho uso de la voz. En su composición no entran sales minerales como ocurre con la mayoría de estos preparados y que tan perjudiciales pueden ser para las personas que las usen, siendo la composición de nuestras pastillas de naturaleza vegetal é inofensivas. De venta en todas las farmacias de España y en la de su autor, Fernando el Santo, 5, Madrid.—CAJA UNA PESETA.

Papel de envolver
en la imprenta de LA VOZ DE GUIPUZCOA se vende papel de envolver.
San Marcial, 10 Teléfono n.º 24

Papel para envolver Se vende en la imprenta de este periódico.

EGMAR

UNICA LAMPARA
IRROMPIBLE
DE FILAMENTO ESTIRADO

De venta en todas las centrales y buenos establecimientos de electricidad
A. E. G.
Thomson Houston Ibérica
(S. A.)---BILBAO

Compañía Colonial

CASA FUNDADA EN 1854

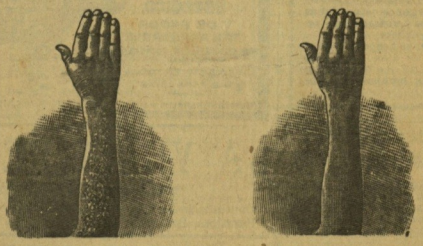
Indispensable superioridad en **Chocolates**
Cafés molidos y en grano
Tapiocas y tes

Tarjetas de visita desde 2 pesetas el ciento

Descubrimiento sensacional

Curación de las enfermedades de la piel y también de las llagas de las piernas

LA SANGRE



Antes de la curación — Después de 15 días de tratamiento

Hemos señalado á los lectores de este periódico el descubrimiento sensacional del señor RICHELET, Farmacéutico y Químico en Sedán, de Francia, en lo que toca á las enfermedades de la piel. Aquí la lista de estas enfermedades que han sido curadas, después de algunos días por este tratamiento maravilloso.

Eczema, herpes, impétigos, acnes, sarpullidos, prurigos, rojeces, sarpullidos tarináceos, sycosis de la barba, comezones, llagas varicosas y eczemas varicosos de las piernas, enfermedades sifilíticas.

Este maravilloso tratamiento ejerce su acción tanto sobre el punto en el cual se localiza el mal, como sobre la sangre, que, después de algunos días, se encuentra transformada y purificada.

Todos los ensayos tuvieron buen éxito y no se ha producido jamás una recaída después de la curación.

El precio del tratamiento es proporcionado con todas las condiciones de la fortuna.

Existe también el tratamiento para los niños de 8 años hasta 16.

Acaba el señor RICHELET de instalar depósitos de su tratamiento en todas las boticas y droguerías de España.

Un folleto, en lengua española, tratando de las enfermedades de la piel ha de ser remitido gratuitamente por los depositarios á todas las personas que lo pidan.

Para obtener también gratuitamente ese folleto basta dirigirse al señor

L. Richelet, 13, rue Gambetta, en Sedán (Francia)

Depositario general: don Francisco Loyarte, San Ignacio de Loyola, 9
Depositarios en San Sebastián: don Manuel Tornero, Plaza Guipúzcoa, 9, farmacia: don Manuel Casadevante, Hernani, 19

La Rioja Alta
Sociedad de Comercio de Vinos
Haro

Los excelentes vinos elaborados por esta Sociedad con tanto esmero como los de las mejores bodegas de Burdeos y por el mismo sistema de éstos, se venden en San Sebastián á los precios siguientes:

Botella de vino tinto, cosecha de 1908, á pesetas 1,15. Media botella, 0.55. Botella de vino tinto cosecha 1901, etiqueta dorada, con casco, á pesetas, 2. Botella de vino tinto, cosecha de 1904, etiqueta dorada con casco, 1,50. Botella de vino blanco, con casco, 1,25.

Admítese la devolución de botellas vacías con la etiqueta de esta Sociedad á pesetas 0.25 las grandes y 0.20 las pequeñas.

Estos vinos se hallan de venta en los establecimientos siguientes: "La Predilecta", San Martín, 7. — Sres. Eceiza y Beloqui, Hernani, 23. — D. Manuel Alday, calle Garibay. — D. Julián Garicano, calle Oquendo.—Restaurant "La Urbana", Plaza de Guipúzcoa. — Sres. Loidi y Zulaica, Idiáquez, 3. — D. Fermín Goicoechea, Churruca, 3. —D. Luis Iribas, calle Garibay—D. Agustín Guruceta, calle Puyuelo. — D. Antolín Alvaro, Oquendo, 13. — Confitería "La Mallorquina". — D. Bartolomé Soro, calle San Martín. — D. Canuto Otamendi, calle Puyuelo. — D. Pablo Alvarez, calle San Martín.—D. Gabriel Díaz, San Marcial, 52. — Sres. Martín y Hermano y Casla, calle Idiáquez, y en otros buenos establecimientos de vinos y ultramarinos.

Escritorio y dirección de esta Sociedad

Calle San Martín, 6, entresuelo.-San Sebastián

TALLERES DE
La Voz de Guipúzcoa

Este establecimiento, montado con todos los adelantos del día, se encarga de la confección de cuantos trabajos se le encomienden tanto de imprenta como de encuadernación.

Se reciben esquelas de defunción para el periódico hasta las tres de la mañana

San Marcial, 10, bajo

DINERO se presta por particular á personas solventes 5 por 00. Amortización á plazos 5 años. Sagrera C postalg. 4, Bajo 7.

Tenedor de libros
práctico, poseyendo el francés, se ofrece para casa comercial, administración ó cosa análoga.
Asimismo se ofrece persona, para escritorio, administrador ó cosa análoga.
Dirigirse á Juan Cramouse, calle Mayor, número 83, Zaragoza.

Se hacen toda clase de encuadernaciones en la imprenta de este periódico.

Encuadernaciones de todas clases se hacen en la imprenta de este periódico

Folletón de "LA VOZ,,
9 de Marzo de 1918. 22

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

HIJA SIN PADRES

Novela histórico-social

POR

CAROLINA INVERNIZZIO

Sacó de la cartera unos billetes del Banco y se los entregó añadiendo:

—Sabes que no te mantengo secuestrada: entra, sal, diviértete; pero cuida de no engañarme.

—Está tranquilo, desde que te conozco he ganado en juicio. Dime ¿dónde vivirás con tu familia?

—Ni lo sé, ni á tí te interesa, pues espero que no pretenderás que te presente á ella.

Ninuccia exclamó con sonrisa irónica:

—No lo temas; sé conservar mi puesto. Te lo pregunto por simple curiosidad.

—Ya sabes que detesto á las mujeres curiosas y que te lo dije en otra ocasión, cuando te empeñaste en averiguar el hotel en que vivo. Faltó poco para que riñéramos definitivamente.

—Lo recuerdo, ¡déspota! ¡tirano!—dijo Ninuccia, amenazándole burlonamente con un dedo.

Luego, haciéndole una cómica reverencia:

—Esperaré resignada á que el señor me favorezca con su visita—exclamó—y ni le pediré nada, ni me mostraré demasiado exigente.

—Así quiero verte, Ninuccia. Hasta pronto.

Apenas estuvo sola, Ninuccia llamó.

Acudió una criada, mal encarada, de rostro repugnante y varioloso.

Era Gabriela, la famosa dependiente de la tienda de Juliana, que salió de la cárcel aun más malvada que entró, abrigando en su seno de reptil mil proyectos siniestros contra el género humano.

El encierro durante algunos meses, de todos olvidada, la mala alimentación; el contacto con otras mujeres de su calaña; la penosa disciplina impuesta; la constante inquietud de no saber nada de su ropa y dinero que en el último instante tuvo la mala idea, según ella, de confiar á su madre; la conciencia turbada, el convencimiento de que jamás volvería á ser dueña de su libre albedrío, sino una criatura colocada en el grado inferior de la escala social; en suma, toda clase de torturas morales aniquilaron su cuerpo y aumentaron los perversos instintos de su alma.

Al salir de la cárcel la primera visita fué para su madre.

—Vengo á buscar mi ropa—dijo, mientras su madre la miraba con desprecio é ironía, al contemplarla más vieja que ella.

—¿Tu ropa? ¿Cuál?—dijo con voz melifluа.

Al ver que se realizaban sus sospechas, tembló de ira. Se adelantó hacia su madre.

—¿Serás capaz de negármela?—exclamó.—¿No recuerdas tu amable acogida, cuando te entregué un baúl lleno de trajes, ropa blanca, un reloj de oro, pendientes, sortijas, brazaletes y otras joyas que admiraste, jurándome que las conservarías como si fueran tuyas? Me convidaste á comer, te mostraste tan cariñosa, manifestaste tal pesar por mi desgracia, que resolví confiártelo todo y hasta te entregué en depósito mi dinero.

La portera escuchó á su hija con los brazos en jarras y sin descomponerse.

—La ropa y el dinero que me entregaste se incautó de ella la policía, á la que presenté la denuncia, para no pasar por tu cómplice.

—¿Tú? ¿Has hecho eso?—prorrumpió Gabriela con satánica furia.

—Sí, sí, yo; no quería comprometerme por tu causa. Además, yo soy una mujer honrada.

—¡Honrada! De tí, solo de tí he aprendido las infamias. ¿Ya no te acuerdas de los consejos que me dabas, ni de tus innumerables amantes?

La portera estaba roja de ira.

—Insultas á tu madre... ¡Sinvergüenza! ¡perdida!

Gritaba tan fuerte, que pronto se reunieron en torno suyo todas las mujeres de la casa.

Y entonces, con los brazos en jarras, la frente alta, dijo con la mayor fuerza de sus pulmones:

—Miren la descarada cómo me insulta. Es mi hija, que después de haberme chupado toda mi sangre, sale de la cárcel donde estuvo por ladrona, para injuriarme. ¡Y pensar que yo la compadecía y estaba dispuesta á perdonarla, dándole un hogar! Pero ahora seré inexorable, no quiero que me echen de esta casa por culpa suya.

Gabriela, viéndose objeto de todas las miradas llenas de desprecio é ira de las inquilinas, prorrumpió en un torrente de insultos, que cayeron sobre su madre y las personas que la rodeaban. Nunca lo hubiera hecho. Todas fueron contra ella, y dirigidas por la portera, la arrojaron á la calle.

—Aquí no queremos bribonas, carne de galera; hace usted bien en no admitirla, aunque sea su hija.

De tener una navaja en el bolsillo, en aquel momento Gabriela habría hecho una carnicería.

En cambio, tuvo que alejarse humillada, rabiosa, seguida por risas é imprecaciones.

Se dirigió al gobierno para saber el paradero de su ropa.

El delegado que la recibió se encogió de hombros.

—¿Y qué tengo que ver con la ropa de usted? ¡Oh! cúidese mejor de andar por buen camino, pues no se pierde ninguna de sus pasos, y avergüéncese de inculpar á su madre...

En todas partes desatendida, Gabriela intentó introducirse en una casa de mala fama.

Pero hasta en la peores, el ama, después de contemplarla un instante, decía:

—Hija mía, eres demasiado vieja, tu tiempo pasa, y ya no sirves ni para los buhos.

Gabriela vivió durante algunos meses sin que se pueda precisar cómo, pasados los cuales se puso á servir en una casa de huéspedes.

Aquella vida duró poco, porque el ama la hacía trabajar como un burro, le daba poca comida y menos salario, hasta que llegó á sus oídos que en la casa próxima á la suya vivía, entretenida por un viejo, cierta joven que buscaba criada para todo, fea y de corto salario.

Gabriela se presentó. La recibió Ninuccia.

A ésta satisfizo el físico de Gabriela, ya que no quería criada más hermosa que ella; le agradó la viveza de sus contestaciones y pronto se pusieron de acuerdo. Después de las privaciones pasadas, la antigua querida de Borra encontraba, al fin, un poco de reposo. Ninuccia no era exigente.

Serviría de doncella no ofrecía dificultades, pues acostumbraba á vestirse ella misma.

A Gabriela con tan poco trabajo le sobraba tiempo para fantasear á sus anchas.

Odiaba á su señora, como á todas las jóvenes pobres y hermosas que logran crearse una posición, cosa que no consiguió ella.

Gabriela envidiaba la continua alegría de Ninuccia y la encolerizaba el verla gastar el dinero del viejo americano que la mantenía.

Y su furor era mayor, viendo que Ninuccia, considerándola como una criada, no le otorgaba su confianza.

Por eso experimentó una secreta satisfacción cuando, al acudir al llamamiento de su señora, la encontró trémula y demudada.

Ya antes comprendió Gabriela algo de lo que pasaba entre los dos amantes, y se afirmó en su opinión al observar el desórden que reinaba en el cuarto de Ninuccia.

Cuando intentó ordenarlo, Ninuccia le gritó:

—Cuidado con tocar á nada hasta que te lo mande, ¿entiendes?

Gabriela se retiró de mal humor al cuarto ducho en que escondía sus odios, sus rencores, sus sueños de venganza y el veneno que comía sus entrañas. Aquella noche durmió con más calma, recordando el pesar de Ninuccia á imaginando que aumentaría no poco.

—¿Qué manda la señora?—dijo Gabriela.

—Prepárame el traje rosa y el sombrero de la pluma blanca. Voy á salir.

—¿Se encuentra mal la señora?

—No. ¿Por qué?

—Está pálida y me parece que de pésimo humor.

Ninuccia nada respondió, pero se miró en el espejo.

—¿Desea la señora que arregle el cuarto antes de traerle el vestido?

—Bueno.

Ninuccia se sentó en una butaca.

—De aquí en adelante—exclamó ansiando desahogarse con alguien—me servirás á mí sola.

Gabriela se estremeció de gozo.

—¡Cómo! ¿El señor parte?

—No.

—Perdóneme usted mis preguntas, pero crea que no obedece á curiosidad. Es que me interesa mucho por la señora, tan buena, tan hermosa, que, de poder, la evitaría cualquier disgusto y sentiría que los tuviera.

—Pues tengo bastantes.

—¿Y es el señor quien se los da cuando debiera adorarla? Puede ser su padre de usted.